

COLECTIVO OFICIOS VARIOS
MARCOS FERNÁNDEZ, ALBERTO HARAMBOUR,
RODRIGO HENRÍQUEZ, JORGE ITURRIAGA, LUIS OSANDÓN,
CECILIA OSORIO, DANIEL PALMA, FERNANDO PURCELL

Arriba quemando el sol

Estudios de Historia Social Chilena:
Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía.
(1830 – 1940)



A modo de estudio introductorio.	
Historia social, nuevamente	
LUIS OSANDÓN M.	5
Historias de cangalleros.	
La sociedad minera y el robo en Atacama, 1830-1870	
DANIEL PALMA ALVARADO	17
“Benditos sean los que no olvidan el país donde nacieron”.	
Chilenos y mexicanos en California, 1848-1880	
FERNANDO PURCELL TORRETTI	57
Ser hombre en la pampa.	
Aproximación hacia los rasgos de masculinidad del peón chileno en las tierras del salitre, 1860-1880	
CECILIA OSORIO G.	91
La jarana del desierto:	
Burdeles, prostitutas y pampinos en Tarapacá, 1890-1910	
RODRIGO HENRÍQUEZ VÁSQUEZ	111
“Jesto y palabra, idea y acción”.	
La historia de Efraín Plaza Olmedo	
ALBERTO HARAMBOUR ROSS	137
Ansias de tumba y de la nada: Prácticas sociales del suicidio en el mundo pampino. Chile, 1874-1948	
MARCOS FERNÁNDEZ LABBÉ	195
La violencia es actualidad.	
Fotografías de una huelga-matanza, Revista <i>Sucesos</i> , Valparaíso, 1903	
JORGE ITURRIAGA E.	225
Sobre los autores	261

A MODO DE ESTUDIO INTRODUCTORIO. HISTORIA SOCIAL, NUEVAMENTE

Luis Osandón M.¹

Este libro, que reúne el trabajo de un grupo de jóvenes historiadores, se identifica con lo que conocemos como historia social. Esa antigua, a la vez que siempre nueva forma de indagar en el pasado de las sociedades, se plantea como tarea principal interpretar las diversas dimensiones y configuraciones de las relaciones sociales en el tiempo. Sin embargo, como concepto que identifica una corriente historiográfica, ha sido muchas veces discutida por su amplitud.²

La pregunta ha sido mil veces formulada, ¿qué es la historia social?, y las respuestas son la mayoría de las veces disímiles. A pesar del riesgo que implica sumar una más, creo que podríamos convenir en señalar que aquel que se identifica con este tipo de forma de hacer historia tiene como preocupación central comprender cómo las relaciones entre diversos actores sociales (individuales y colectivos) dan vida a los procesos sociohistóricos. Luego, dar más precisiones es una tarea gigantesca si se quiere ser puntilloso.

A pesar de la dificultad, hay algo de la práctica misma de los historiadores que se dedican a investigar sobre la historia “social” que hace más fácil hablar de ello. Entre otras cosas, porque el quehacer de los historiadores sociales en este ámbito revela un común interés por reconstruir lo acontecido con sujetos y grupos sociales en un conjunto de dimensiones, ya sean éstas relacionadas con la estructura social, la economía, la política, la cultura, el género u otras.³ Distinto es analizar la particular mirada y atención que ofrecen los historiadores a esas dimensiones.

¹ Licenciado en Historia, candidato a Doctor en Ciencias de la Educación, PUC. Profesor de la carrera de Pedagogía en Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

² Julián Casanova resume esta situación señalando que “esa rica diversidad ilustra también perfectamente la historia de la historia social. Una historia que surge como rebelión, se consolida como alternativa (aliada con las restantes ciencias sociales), conquista espacios importantes para ampliar su empresa y acaba desintegrándose en diferentes compartimentos o sucumbiendo a los peligros de una suma especialización”; ver *La historia social y los historiadores*, Barcelona: Crítica, 1991.

³ La literatura teórica acerca de las características de la historia social es amplísima, aquí sugiero ver el trabajo de Julián Casanova, *La historia social...*, op. cit. y el número completo de la revista *Historia Social*, N° 10, Valencia: UNED, 1991.

Por ejemplo, algunos representantes de la historiografía británica de raíz marxista, identificada con lo que conocemos como historia sociocultural, orientó su trabajo hacia la profundización de los estudios históricos tomando una perspectiva específica: la “historia desde abajo”. Situándose desde una mirada crítica a la historia académica que centraba su mirada en (y desde) las elites que marcarían el destino de las sociedades; historiadores británicos como Hobsbawm, Thompson o Samuel entendieron que este tipo de historia no consiste únicamente en desplazar el foco de interés a las vidas, actividades y experiencias de la mayoría de la población, sino que se debe tener claridad que, de por medio, siempre hay relaciones de clase y que son siempre políticas en la medida que suponen dominación, subordinación, lucha y acomodación.⁴ Por lo tanto, la tarea era clara, había que rescatar y destacar que los procesos históricos se articulan a partir de un conjunto de actores, donde los sectores dominados tienen un rol preponderante. Todos alguna vez leímos y nos impactamos con el poema de B. Brecht que señalaba preguntas tan inspiradoras como “¿En qué casas de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron? / La noche en que fue terminada la Muralla china, ¿adónde fueron los albañiles?”⁵ Desde esta perspectiva más radical de la historia social, no basta con saber a qué lugar fueron los albañiles esa noche, sino que habría que indagar en las estructuras de dominación que hicieron que esos seres humanos construyeran la Muralla.

Pero la historia social tiene otras dimensiones también. La escuela de Annales ha sido otro gran polo de atracción para reconstruir esta tradición. Peter Burke distingue tres generaciones en esa escuela⁶: la de los fundadores (Febvre y Bloch), el período de Braudel y una tercera generación que inicia el camino hacia la fragmentación (tan criticada por Noiriel desde otra perspectiva⁷). La primera generación se podría decir que es la que reacciona, al igual que los historiadores ingleses, frente a la historia política y su tradición excluyente de otros actores sociales como protagonistas de la historia; la segunda, con Braudel a la cabeza, señala énfasis cada vez mayores hacia las dimensiones estructurales de lo social, que, con ciertos matices, derivan en una pérdida del sujeto que anima esas estructuras. La tercera generación, por reacción nuevamente, ofrece, según Burke, tres nuevas perspectivas: la constitución de un “giro” antropológico, el rescate de la dimensión política de la historia de la sociedad y la narración como soporte fundamental de la construcción epistemológica de la historia.⁸

⁴ Cfr. Casanova, op. cit., p. 97.

⁵ “Preguntas de un obrero ante un libro” de Bertolt Brecht, citado por Jean Chesneau en *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*, México: Siglo XXI, 1987 (edición original en francés, 1976), pp. 163-164.

⁶ Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona: Gedisa, 1999 (edición original en inglés, 1990).

⁷ Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Valencia: Frónesis-Cátedra, 1997 (edición original en francés, 1996).

⁸ Peter Burke, op. cit., pp. 80-93.

La historia social, por tanto, ha de comprenderse dentro de estas evoluciones dentro del campo teórico-práctico del quehacer profesional.

En paralelo, habría que caracterizar la evolución de las ciencias sociales durante el siglo XX, especialmente desde la década de 1950 en adelante. El predominio del positivismo como soporte epistemológico de la construcción de conocimientos sobre la sociedad operó como un extraordinario tensor del conjunto de las ciencias sociales durante el siglo recién pasado, lo que derivó en su crisis explícita desde los sesenta en adelante.⁹ En este sentido, no es casual que las distintas corrientes historiográficas que se interesaban por el diálogo con otras ciencias sociales, como la historia social por cierto, tengan un cierto paralelo con esas discusiones; los casos más emblemáticos son Braudel y su perspectiva estructural y Thompson con su historia cultural.¹⁰

Por lo tanto, cuando se habla de historia social, siempre habrá un margen de ambigüedad en la definición de sus contornos, desde la simple preocupación por lo social, que en su paroxismo puede abarcar todas las dimensiones de la vida humana en sociedad, hasta una historia social que adopta perspectivas específicas frente a los fenómenos de dominación.

Este breve e incompleto panorama de lo que ha sido la trayectoria de la historia social a nivel internacional, sin embargo, se ha estudiado de manera poco sistemática en nuestro medio y, más aun, cuando eso ocurre, no se plantean las continuidades y discontinuidades con la propia producción historiográfica nacional.

A pesar de lo anterior, tenemos ya una larga tradición de historia social, y sin pecar de grandilocuentes, en las últimas décadas buena parte de la producción historiográfica se puede identificar con este tipo de historia.

Esta historia social local cubre un arco importante de autores y etapas que es necesario rescatar en toda su riqueza. Desde la historiografía marxista de medio siglo atrás, que inaugura un modo de investigación e interpretación histórica que disloca la narrativa de interpretación conservadora y liberal dominante en la época, hasta los esfuerzos más recientes que reflejan una dispersión/fragmentación de temas y núcleos teóricos de referencia. En este sentido, sí podríamos afirmar bastantes más continuidades de las que se reconoce explícitamente.

La secuencia comienza con la historiografía marxista clásica de los años cincuenta, que en un contexto de profesionalización del oficio, rescata la historia de los trabajadores como eje fundamental de interpretación histórica (la historia la hace el proletariado, la *working*

⁹ No es éste el espacio para desarrollar el conjunto de esta discusión, baste con señalar que tanto desde la filosofía como desde la sociología y la antropología, fundamentalmente, se comenzaron a rescatar autores y posiciones que ponían en el centro al sujeto como categoría analítica fundamental; se buscaba la forma de escapar tanto de la determinación normativa de la postura epistémica del positivismo como de la determinación social propia del estructuralismo desde el punto de vista social.

¹⁰ Thompson escribe un libro notable, que sintetiza la discusión con el estructuralismo marxista, a fines de la década de 1960, ver de E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona: Crítica, 1981.

class como dirían algunos, distinguiéndola de la historia de la *labour class*).¹¹ En paralelo, otros autores comienzan a trabajar una historia social más amplia, con un progresivo sesgo a favor de las estructuras económicas y sociales (la historia se desenvuelve en el plano de los grandes procesos). Luego, en las últimas décadas, esta trayectoria sufre un quiebre importante tras el golpe de Estado de 1973, provocando un replanteamiento de las rutas seguidas por la historia social de raigambre marxista; esta línea de trabajo es la que ha dado mayores frutos en los últimos años y es lo que se viene etiquetando recientemente como una “nueva historia social”,¹² de la cual formarían parte una generación de historiadores que va desde Gabriel Salazar, que por el período en que se formó, representa el nexo entre el ciclo anterior y el nuevo; hasta, posiblemente, Jorge Rojas, si es que éste se considerara dentro de este grupo.

Esta nueva historia social ya fue rastreada hace algunos años por Gabriel Salazar y ha sido discutida en distintos foros, seminarios y discusiones con estudiantes universitarios.¹³ Se trata de una tendencia activa e identificable con facilidad en el actual panorama historiográfico nacional. El quiebre social y político de 1973 impactó en un conjunto de historiadores aun muy jóvenes en esa época e hizo que se revisaran los fundamentos teóricos e ideológicos del modo de interpretar los procesos sociales en perspectiva histórica.

El abrupto término de un proyecto político redundó en la interrogante no menor por la continuidad de un proyecto histórico popular construido a pulso durante el siglo XX: ¿qué posibilidades había de que el movimiento popular se reconstruyera en el contexto de un régimen dictatorial?, ¿qué tan útil había sido para ese movimiento popular entrar a lidiar por sus intereses en la encorsetada estructura política y social del Estado chileno?, en definitiva, ¿cómo entender históricamente la conflictiva relación entre los pobres y excluidos y el sistema sociopolítico construido por las elites?¹⁴

Estas y otras preguntas asaltaron casi de modo literal a una parte importante de los historiadores de los setenta y ochenta, de ahí que se produjera una modificación significativa de temas y preguntas respecto de la historiografía predominantemente estructuralista de los años anteriores (ya sea de las vertientes marxistas o de las inspiradas en Annales).

¹¹ Para una exhaustivo examen de la historiografía chilena que trata sobre los trabajadores, ver de Jorge Rojas Flores, “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”, en *Revista de Economía & Trabajo*, N° 10, Santiago: PET, 2000.

¹² Denominación que Julio Pinto utilizara en la “Primera Jornada de Historiografía Chilena, homenaje a Luis Moulian”, Museo Benjamín Vicuña Mackenna, 6 de septiembre de 2002.

¹³ Gabriel Salazar, “Historiografía y dictadura en Chile: búsqueda, identidad, dispersión (1973-1990)”, en *Cuadernos Iberoamericanos*, 1990.

¹⁴ La introducción del libro de Gabriel Salazar *Violencia política popular en las “grandes alamedas”. Santiago de Chile 1947-1987*, Santiago: SUR, 1990, es clara expresión de este intento de reinterpretación; algo similar intenta María Angélica Illanes en un artículo titulado “Marginalización y des-marginalización en el movimiento popular”, *Proposiciones*, N° 24, Santiago: SUR, pp. 220-225, y en su más reciente libro *La batalla de la memoria*, Santiago: Planeta, 2002.